

# Glóbulos traviesos

Histórico, no se tenía antecedentes de un fenómeno semejante. Dos glóbulos, entre cinco millones de glóbulos rojos de una población emergente, aparecían azules. Fue sorprendente; las alarmas de todos los Departamentos de Control de Calidad: del Hígado, del Bazo y de la Médula Ósea, no paraban de sonar.

La noticia, con carácter de urgente y por vía directa a través del teléfono rojo, llegó hasta el despacho del Ejecutivo que en ese momento discutía, junto a su conglomerado gubernamental, el presupuesto de orden general y por carteras ministeriales, que sería propuesto al parlamento, para el año venidero.

El Presidente, don Rubicundo Rojas Carmín, militante de los Colorados (partido político único y de vanguardia), aprovechando la instancia de estar sesionando en la Casa Colorada con su gabinete de gobierno y, obedientes a las tradiciones y a estrictos protocolos, determinaron hacérselo saber a todos los estamentos del torrente circulatorio.

Con un gran signo de interrogación sobre sus cabezas porque no tenían una explicación acabada para este suceso; y más bien respetuosos de ancestrales tradiciones legadas por sus antepasados ingleses, «The Red cells», forzaron una declaración por cadena oficial de radio y televisión diciendo que dichos elementos descendían de glóbulos reales, de sangre azul; y merecedores, por lo tanto, habido beneplácito celestial, a llevar una vida holgadísima, placentera y exenta de cualquier variopinta forma de responsabilidad.

Se decretaron, entonces, saltándose los trámites legislativos en las Cámaras de Diputados y de Senadores, una serie de actividades destinadas exclusivamente para ellos. Decisión unánime refrendada por todo el gabinete en ejercicio, sin objeciones; y que, con la aprobación inobjetable del ejecutivo se sancionó, fue archivada, y se publicó en el Diario Oficial para quedar en vigencia ipso facto.

Sus rutinas cotidianas transcurrían placenteras. Despertaban habitualmente tarde y desayunaban en cama. Enseguida, eran bañados en tinas de porcelana oriental con aguas termales y jabones aromatizados por esencias que les traían desde la India. Y vestidos, luego, de tules transparentes y gasas tornasoles que importaban de los países árabes.

Después de este apresto matinal, todo era un entretenerse y degustar de los manjares más exquisitos. Hacían excursiones allá a lo alto, en la región de los pensamientos del cerebro; disfrutaban viendo amaneceres y ocasos a través de las ventanas pupilares; aprovechaban la oscuridad de las aurículas y de los ventrículos para jugar al escondite; practicaban canotaje descendiendo por los rápidos y remansos intestinales; se relajaban disfrutando de los baños férricos y sulfurosos en las afamadas Termas Renales; saciaban su apetito voraz con la más variada carta del Restorán Gástrico; para, acto seguido, solazarse con una reparadora siesta en las bien ventiladas hamacas pulmonares.

Por supuesto que la labor de todo glóbulo rojo, esto de transportar moléculas de oxígeno hasta cada célula del organismo y retirar de ellas las de anhídrido carbónico; esta tarea, poco digna para ellos y más bien propia de súbditos, era ejercida por los esforzados glóbulos rojos obreros del ámbito sanguíneo.

Estos últimos habían notado que los corpúsculos azules tenían una manifiesta inclinación por visitar los laboratorios del hígado; lugar donde el farmacéutico preparaba las pócimas terapéuticas. Lo hacían con una frecuencia inusual y, a menudo, durante la noche cuando el químico, ignorante de tales incursiones, no se encontraba en aquel recinto.

Empezaron a experimentar, asimismo, cierta envidia lógica por las atenciones especiales que recibían estos corpúsculos de supuesta ascendencia real: que según ellos, no merecían. Y, con las venas de sus cuellos ingurgitadas por esta bronca en ascenso, hicieron saber de su descontento a todos los organismos pertinentes. Sus reclamos apuntaban a la magra rigurosidad de los encargados de controlar la calidad corpuscular. Alegaban, que no se estarían respetando los estándares internacionales acordados para la selección y admisión de los glóbulos germinales al torrente sanguíneo.

Por otra parte, tenían en carpeta una serie de acusaciones constitucionales e, interpelaciones, contra los posibles responsables. Aunque no se creyera, hasta habían redactado una carta dirigida a la Corte Internacional Globular por si en algún momento tuvieran la necesidad de recurrir a esta respetada entidad.

La decepción poblacional púrpura se hacía cada vez más evidente frente a la holgazanería permitida a estos glóbulos aparecidos. Y los rumores de un origen algo turbio empezaron a propalarse con reiterada insistencia.

En cierta ocasión enfermaron y debieron permanecer en reposo absoluto. Con fiebre por las nubes, vómitos profusos y una diarrea de cascada, cayeron en una deshidratación severa. Como ya no toleraban el agua ni los alimentos por vía oral, se hizo necesario infundirles sueros intravenosos para reanimarlos.

Por lo grave de su cuadro clínico, empezaron a desvariar y a perder conciencia en forma progresiva. Tal desastre se habría originado en una opípara comilona, de padre y señor mío, que se habían pegado algunos días antes de enfermar.

Por la tórpida evolución que estaban teniendo, se hizo aconsejable trasladarlos a la UCI para entregarles cuidados y tratamientos más intensivos. Una Guardia Roja, con dedicación exclusiva, se mantenía vigilante las veinticuatro horas del día. Los uciólogos sudaban, de las gotas más gordas, tratando de dar solución a este real problema.

Ante la sospecha de que se tratase de una Fiebre Tifoidea, se tomaron todos los resguardos que recomendaban las evidencias, incluyendo su aislamiento, para evitar los contagios y epidemias. Se le practicaron exámenes enfocados a descartar dicho diagnóstico; y, a pesar de todos los esfuerzos empeñados, no se vislumbraba mejoría. Su estado se comprometía cada día más.

Al undécimo día de su permanencia en la UCI, agónicos ya, uno de los guardias notó que empezaban a perder su coloración azul; que sus cuerpos tornaban a un rojo pálido primero y que, con el transcurso de las horas, adquirirían un tono muy cercano al normal para cualquier glóbulo rojo.

Muy sorprendidos por este inusitado cambio, pidieron el concurso de los más prestigiosos especialistas de todo el orbe sanguíneo. Acudieron: bioquímicos, farmacéuticos, médicos cirujanos, fisiólogos, tanatólogos y hasta el mismísimo tintorero de la lavandería globular.

Con una ampolleta que no conseguía iluminárseles sobre sus testas, ninguno aportó idea alguna que pudiese explicar este fenómeno; y sólo concluían, en hipótesis vagas, y otras demasiado complejas para que fuesen entendidas.

De súbito, uno de los glóbulos rojos obreros irrumpió corriendo y gritando con gran excitación ¡Esto podría ser! ¡Esto puede ser! ¡Esto lo explica todo! ¡Vean! ¡Vean! ¡Miren! Llevaba en sus manos un frasco con azul de metileno, a medio llenar, y una gran cantidad de jeringas, usadas algunas, y otras en sus envases originales aún, que había encontrado en el casillero de uno de aquellos falsos glóbulos reales de sangre azul.